LA PRESENCIA DE CRISTO EN LOS SACRAMENTOS

INTRODUCCIÓN

Hasta mediados del siglo pasado, el tema que nos ocupa, la presencia de Cristo en los sacramentos, se resumía y concentraba, por no decir que se agotaba, en la presencia real eucarística. O sea, el concepto 'presencia' de Cristo se reservaba en la práctica únicamente para su realización máxima en la Eucaristía: era la presencia real somática la que absorbía cualquier otra forma de presencia sacramental, que en todo caso quedaba en la sombra¹. Subrayo lo de presencia *sacramental*, porque obviamente la presencia divina llenándolo todo (cf. Hech 17, 28), abarcando el cosmos y la historia, no era desconocida². Por lo que a mí se me alcanza, la primera vez que en un documento eclesiástico se hace explícita referencia a la presencia de Cristo en los sacramentos³ es precisamente en la única encíclica enteramente consagrada a

1 Fue Pablo VI el que matizó lo que significa la presencia real eucarística y las demás formas de presencia: «Tal presencia [eucarística] se llama 'real', no por exclusión, como si las otras no fueran 'reales', sino por antonomasia [*per excellentiam*], porque es *substancial*, pues por ella ciertamente se hace presente Cristo, Dios y hombre, entero e íntegro» (*Mysterium Fidei* [3-9-1965] en *Enchiridion Vaticanum*, 2. Documenti Ufficiali della Santa Sede 1963-1967, EDB, Bologna¹²1981, p. 451, n. 424).

2 Según san Agustín, Dios está presente «per potentiam, in quantum omnia eius potestati subduntur; per praesentiam, in quantum omnia nuda sunt et aperta oculis eius; per essentiam, in quantum adest omnibus ut causa essendi» (*PL*, 38, 1231, texto citado por León XIII en la encíclica *Divinum illud munus* [9-5-1897]: *DS*, 3330; cf. *DS*, 3001).

3 El Concilio de Trento, en los cánones «de sacramentis in genere», sólo menciona a Jesucristo en el primero, cuando habla de la institución de los sacramentos (*DS*, 1601); de lo que sí habla es de la gracia que contienen y comunican los sacramentos (*DS*, 1606-1608).